

género

Y SOCIEDAD

CENTRO DE ESTUDIO DEL GENERO

VOLUMEN 2 • NUMERO 3 • ENERO-ABRIL 1995

género
Y SOCIEDAD

Género y Sociedad es una publicación cuatrimestral del Centro de Estudio del Género del Instituto Tecnológico de Santo Domingo que difunde trabajos teóricos contentivos de un análisis crítico del orden genérico discriminatorio.

Dirección

Lourdes Bueno
Margarita Paiewonsky
Ginny Taulé

Edición

Margarita Paiewonsky

Asesoría y Colaboración

Lucero Arboleda

Para información dirigirse a:

Género y Sociedad
Instituto Tecnológico de Santo Domingo
Apartado Postal 342-9
Santo Domingo, República Dominicana
Tel.: (809) 567-9271 ext. 284
Fax.: (809) 566-3200
Dirección electrónica: intec2!genero@redid.edu.do

Se acepta canje con publicaciones similares.

Precio por ejemplar: RD\$25.00

US\$10.00

Las ideas expresadas en esta revista son responsabilidad exclusiva de las/os articulistas.

Impreso por Editora Buho
Tels.: 532-2343/533-6606
Santo Domingo, R.D.

ISSN 1022-8063

Género y Sociedad cuenta con el apoyo de la Fundación Ford.

CONTENIDO

Experiencias de migración de retorno de mujeres dominicanas: historias de vida de cinco mujeres	1
<i>Lourdes Bueno</i>	
Regresando a casa: clase, género y transformación del hogar entre migrantes dominicanos/as retornados/as	53
<i>Luis E. Guarnizo</i>	
En el hogar y en el trabajo: integración de la mujer inmigrante al discurso feminista	128
<i>Patricia R. Pessar</i>	
Índice temático del volumen n.º 2	163
Guía para el sometimiento de artículos	169

EXPERIENCIAS DE MIGRACION DE RETORNO DE MUJERES DOMINICANAS: HISTORIAS DE VIDA DE CINCO MUJERES*

Lourdes Bueno**

A través de cinco historias de vida a mujeres dominicanas emigrantes retornadas, en este trabajo se discuten algunos de los aspectos más relevantes que caracterizaron el proceso migratorio de estas mujeres a EE. UU. Especial énfasis es puesto en el análisis de los cambios experimentados a partir de la migración como resultado de su condición de mujer (madre, hija, esposa, hermana).

This article discusses some of the most relevant features of the migratory process to the U.S. of five Dominican returned migrant women through their life stories. An analysis of the changes to their condition as women (mothers, daughters, wives, sisters) brought upon by migration is emphasized.

* Este artículo fue financiado por una donación recibida por la Fundación Andrew W. Mellon para investigar la migración de retorno al Caribe. Patricia Pessar fue la principal investigadora del proyecto, el cual también incluyó investigación en Jamaica.

Este trabajo fue traducido del inglés por Ginny Taulé.

** Antropóloga Social. Centro de Estudio del Género.

Ahora me gusta más aquí pero yo no quería regresar. Vine porque mi esposo quería venir y porque era un mejor lugar para mis hijos/as.

Introducción

"La población inmigrante de más rápido crecimiento es de la República Dominicana" (Smith, 1990), y aún así muchos/as dominicanos/as regresan a su país. En este ensayo, cinco mujeres dominicanas nos cuentan la historia de su migración y su proceso de retorno. Cada historia muestra realidades particulares que reflejan la vida familiar dominicana, los patrones migratorios, y de retorno. Aún siendo distinta la historia de cada mujer, todas muestran aspectos similares como se advertirá al leerlas. Un hecho común muy importante, que deseo subrayar desde el inicio, es que todas las mujeres entrevistadas han estado de regreso en la República Dominicana (R. D.) por largo tiempo. Además, que sólo uno de estos procesos de retorno requirió de más de un intento para ser exitoso, como es usual para la migración de retorno (Báez y D'Oleo, 1985:39).¹

La mayoría de las familias estudiadas han experimentado transformaciones significativas como resultado de su proceso migratorio. Todas provienen de zonas rurales a las que no han regresado a vivir después de regresar de EE. UU. Por el contrario, ahora viven en Santiago² y disfrutan de mejor posición socio-económica que antes de emigrar. Tres de estas familias residen en un área residencial llamada Los Cerros de Gurabo, un lugar muy atractivo para dominicanos/as retornados/as,

¹Los autores afirman que un/a migrante dominicano/a típico/a permanece en EE. UU. alrededor de una década y se prepara para retornar a través de muchas migraciones cíclicas.

²Santiago es la segunda ciudad en importancia de la República Dominicana.

debido probablemente a su *status* de clase social media alta. Desconocemos en qué medida las historias que describiremos habrían sido diferentes de haber provenido las mujeres de zonas urbanas, lo que es cierto sin duda, es que el origen rural de las entrevistadas debe tener una fuerte influencia en su sistema de valores culturales, particularmente en sus visiones sobre el rol de la mujer, lo cual constituye el foco central de este trabajo.

Para muchas mujeres el retorno aparentemente ha significado un retroceso con relación a los logros sociales que alcanzaron en EE. UU. Ahora su vida se ha reducido prácticamente a la casa, los/as niños/as, y la familia extendida. Perdieron de alguna manera su participación en actividades económicas, así como su acceso a un sistema de transportación eficiente que expandía las fronteras del hogar. En muchos casos regresar a su país ha sido también volver a ser responsable única del cuidado de la familia: hijos/as, esposo, casa. A través de los relatos de las mujeres y del análisis de sus respuestas se considerará el porqué prefirieron regresar a R. D. y porqué se sienten satisfechas con su vida aquí aun cuando han sacrificado parte de su independencia económica y concepciones más flexibles sobre sus roles como mujeres.

Para lograr establecer las diferencias y similitudes entre las experiencias de migración a EE. UU. de mujeres dominicanas, se realizaron entrevistas a profundidad con cada mujer entendiendo que sus auto-descripciones tendrían más fuerza que un reporte de la investigadora. Por esta razón, cada mujer fue entrevistada por lo menos cuatro veces.³ Permitir que las mujeres relataran tanto como lo hicieron fue no sólo una manera de

³La primera ronda de entrevistas se condujo durante los últimos meses del 1992. Al final de 1993 y principio de 1994 se condujo una segunda ronda de entrevistas durante la cual las mujeres pudieron revisar sus historias y agregar información a ideas que aún no se presentaban con suficiente claridad.

entender sus vidas, sino también una vía para determinar las particularidades y las similitudes entre sus experiencias.

Inicialmente esperábamos poder entrevistar a los/as hijos/as de estas mujeres sobre sus visiones en cuanto a sus experiencias migratorias. Sin embargo, al hablar con las madres, nos percatamos de que entrevistarles sería improductivo pues todos/as eran muy jóvenes cuando emigraron y retornaron como para poder ofrecer información significativa para los fines de este estudio.

Aunque algunos/as autores/as indican que los/as migrantes que retornan a sus países de origen experimentan la hostilidad de sus paisanos/as, ese no parece haber sido el caso para las familias sobre las que reportamos aquí. Es posible que la edad de los/as menores al emigrar, así como el momento en que sus familias retornaron y sus orígenes rurales, hayan protegido a estas familias de una recepción hostil en R. D. (Guarnizo, 1993).⁴

Antes de presentar la historia de cada mujer, creemos apropiada una breve introducción comparativa. Dos de las mujeres, Altagracia y Lucrecia⁵ fueron las más articuladas al describir sus vidas. Ambas emigraron relativamente jóvenes y tuvieron

⁴Guarnizo señala que la

"hostilidad en contra de los/as migrantes es dirigida especialmente hacia retornados/as que se establecen en áreas residenciales de clase alta y hacia jóvenes retornados/as que deseen ingresar, o que ya han ingresado, al sistema educativo. En gran medida, los aspectos dañinos de la recepción inhóspita que enfrentan los/as migrantes están afectando en especial a los/as menores retornados/as involuntariamente. Su situación se está convirtiendo en un problema social grave que está ya agotando las fuerzas y los recursos de las familias migrantes." (1993:s.n.).

N. de la E. Esta cita corresponde a la página 55 de este número de *Género y Sociedad* donde está siendo publicado el citado artículo de Guarnizo.

⁵Los nombres usados aquí han sido cambiados para proteger la identidad de todas aquellas quienes amablemente contribuyeron a este trabajo.

una larga experiencia escolar en EE. UU. Esto puede explicar el porque estas dos parecen ser las más influidas por la cultura norteamericana y las que tienen los estilos de vida más independientes de vuelta en R. D.

Juana, por otra parte, no tenía recuerdos claros de su experiencia, ya que su permanencia en EE. UU. fue esporádica, como se explicará más adelante. Las descripciones de María estuvieron influidas por la supervisión indirecta de su marido durante la entrevista, quien permaneció todo el tiempo donde pudiera escuchar. A menudo ella le solicitaba sus memorias de experiencias concretas para validar los recuerdos de ella. Su historia muy probablemente habría sonado diferente si hubiera habido la oportunidad de entrevistarlos por separado.

Finalmente, Carmen, quien es la única viuda y la que disfruta de la posición económica de mayor privilegio de regreso en R. D., refleja una conceptualización muy tradicional —dominación/sumisión— de su pasada relación marital. Es también curioso que su esposo fuera encontrado asesinado hace menos de un año y que ella nunca lo mencionara durante nuestra entrevista.⁶

Antes de presentar las historias de las mujeres creemos pertinente una breve autopresentación, pues mi perspectiva e intuiciones como investigadora de la migración de mujeres dominicanas está mediada por mi óptica particular. Soy una mujer dominicana entrenada como trabajadora social y socióloga rural en R. D., estuve estudiando antropología en EE. UU. durante cuatro años a sólo cuarenta y cinco minutos de distancia de la ciudad de Nueva York. Tengo muchos/as parientes/as residiendo en EE. UU., la mayoría de ellos/as en las ciudades de

⁶ Aún no se ha determinado quien fue responsable de su muerte.

Nueva York y Boston. A menudo he tenido la oportunidad (en EE. UU. y R. D.) de ser observadora participante de situaciones similares a las descritas por las mujeres a las que entrevisté. Tal vez por esto, durante las entrevistas las mujeres usualmente me hablaron como si yo hubiera experimentado lo que ellas me contaban y pudiera comprenderlo.

Lo que sigue es una descripción de algunos episodios en cada una de las vidas de estas mujeres tal y como ellas pudieron recordarlos. Al final del reporte, sus experiencias serán combinadas en un perfil amplio, y un análisis limitado se extraerá de sus experiencias.

Primera historia

Juana Collado

Juana Collado es una mujer de cuarenta y dos años nacida en un campo de San José de las Matas, donde vivió hasta los diecisiete años, cuando se casó y se mudó a EE. UU. Un año después de llegar dio a luz a su primera hija. Juana atravesó un proceso migratorio bastante inusual: durante catorce años de su vida (de 1967 a 1981) residió esporádicamente con su esposo en EE. UU., y por períodos mucho más largos con sus hijos/as en R. D. Aunque su esposo vivió de manera bastante continua en EE. UU., Juana pasó tiempo en ambos países para conservar a su familia unida.

Hoy ella vive en R. D. con su esposo y sus hijos/as en la ciudad de Santiago, aun cuando ella preferiría estar viviendo en EE. UU. Las siguientes son sus propias palabras.

"Antes de irme a EE. UU. yo vivía una vida familiar de campo, nos llevábamos muy bien los hermanos, iba a la escuela. A los diecisiete años me casé y me fui a los EE. UU."

"Mi marido se fue a los dieciseis años, porque él no era profesional ni tenía dinero para montar un negocio, duró un tiempo sin residencia, y luego vino e hizo la residencia y volvió."

"El matrimonio entre nosotros fue un acuerdo de familia, él tenía veinte años, se quería casar y parece que el cuñado le habló de mí, así él le escribió a mis papás. Me preparé para casarme sin haber tenido amores, y a última hora le escribí una carta diciéndole que no viniera, pero creo que mi mamá no envió la carta. Creo que en ese tiempo se hacían muchos matrimonios así. Después de todo no me quejo, no me ha ido muy mal. Ya llevamos veinticinco años de casados. Creo que ninguno de los dos estábamos enamorados y sin embargo hemos permanecido."

"Yo viví todo el tiempo en Nueva York, en diferentes lugares. El tiempo que más estuve allá sin venir aquí fueron dos años. Porque nunca vivimos con los niños allá porque ellos no tenían visa. Cuando al fin los visaron, mi esposo decidió mejor no llevarlos. La hija mayor es la única que ha ido, en la actualidad vive allá. Yo siempre venía por quince días o duraba unos cuantos meses con los niños y volvía y me iba. Mi esposo nunca tuvo problemas para darme el dinero del pasaje porque él quería que yo estuviera allá, también yo buscaba trabajo de una vez que llegaba."

"A veces me quedaba aquí hasta por seis meses, como cuando me tocaba dar a luz y dejar el bebé. El (su esposo) también venía cuando yo iba a dar a luz. Viajábamos con mucha frecuencia, creo que hasta dos veces por año."

"Antes de tener la primera hija trabajé en una factoría de corbata, me pagaban como sesenta y cinco dólares a la semana. Vivía cerca del trabajo y no gastaba en transporte. Se ganaba poco pero también los gastos eran menores. En otras ocasiones realicé diferentes trabajos en fábricas de ropa, de flores, de carteras. Siempre que estaba allá trabajaba e iba a la escuela para aprender inglés."

"Cuando yo me casé hacía lo que mi marido me dijera, en mi casa hacía lo que me dijera mi mamá y después lo que dijera él."

"A mi me gusta más allá que aquí, porque cuando uno trabaja allá no es igual que aquí. Allá uno gana más dinero, hay más unión en la familia, se sabe a la hora que uno va a salir y la hora que regresa, me gusta el transporte. Me gustaba salir a un parque, un museo, a un zoológico, para cualquier parte de la ciudad. No me gusta ir a fiestas, pero sí ver un espectáculo, las tiendas. Ibamos a la playa. Allá es más divertido vivir, uno puede salir más. Hay más libertad. Allá el hombre es más humano, allá si salen tienen la obligación de volver porque tienen que cumplir con el horario del trabajo. Allá es más limpio."

"Aquí aunque uno tenga el dinero no lo puede gastar como allá porque no hay pago a la semana. Por eso los hombres quieren estar aquí y las mujeres quieren estar allá."

"Los niños se quedaron en nuestra casa [en R. D.] con mi hermana y una amiga y contraté a una empleada para que les ayudara. La última vez que nos fuimos a EE. UU., que nos llevamos la hija mayor, a los otros los dejé en la casa de mi mamá."

"Dependiendo el horario que tuvieramos en el trabajo nos poníamos de acuerdo para realizar el trabajo doméstico. Allá todo es mas fácil porque hay máquinas. La mayoría del tiempo viví con una comadre, y ella y yo compartíamos las tareas, mi esposo hacía las compras."

"Allá el esposo *ayuda* más con las tareas de la casa. Si llegan primero comienzan a poner la cena, van a la máquina de lavar. Mi esposo allá *suapeaba* y hacia la compra. Creo que esto se debe a que allá son apartamentos cerrados y nadie los ve. Tal vez para algunos tiene importancia que su mujer también aporta económicamente, pero para otros no, siempre es ella la que tiene que hacer todo en la casa."⁷

"La administración del dinero de la casa siempre la ha hecho él. Nunca he sido apegada con el dinero. Yo cobraba y le entregaba el cheque, así fue el primer día que cobré y toda la vida, porque nunca había tenido dinero. Recuerda que salí de la falda de mi mamá a donde él. El pagaba la renta y si sobraba lo ponía en el banco, la libreta estaba a nombre de los dos y siempre supe cuanto teníamos. Todavía ando con la cartera vacía, si necesito algo se lo digo."

"Desde que regresamos realizo las tareas domésticas, no trabajo fuera de la casa, las hijas me ayudan. Mi marido aquí no ayuda en ninguna tarea doméstica, hay que hacerle todo, creo que porque está enfermo. El me dice que si necesito ayuda podemos buscar una empleada doméstica."

⁷ A pesar de la aparente contradicción sobre la participación o no-participación de los hombres en el trabajo doméstico, las mujeres se empeñan en diferenciar la ayuda de los hombres de la responsabilidad de las mujeres sobre el trabajo doméstico. El trabajo doméstico se considera un rol natural de la mujer, mientras que el trabajo remunerado de fuera de la casa se considera dominio del hombre.

"En Nueva York me siento joven, me gusta salir todos los días, arreglarme en el salón. Puedo visitar varias veces el mismo lugar y no me canso."

"La responsabilidad en la educación de los hijos siempre ha sido mía, sobre todo cuando estaban pequeños. Aunque siempre le comunicaba a él cualquier situación. Después que son adultos respetamos sus opiniones. No sé si porque era yo quien estaba siempre con ellos cuando pequeños, pero generalmente las cosas me las dicen a mí, aunque le diga que las hablen con su papá, hasta para pedir dinero. A veces mi esposo se siente mal por esto."

"Nosotros conservamos la visa de residentes, y me hubiese gustado tener la ciudadanía, pero no califiqué para ello porque durante mi residencia allá viajé más aquí que lo que permanecía allá. Mis hijos no le perdonan a su papá que no les sacara la residencia, hay dos de ellos que están locos por irse. Para mí es muy importante la ciudadanía, cuando se cumple la edad uno puede obtener su jubilación."

"No aprendí inglés fluido, pero entiendo y puedo llenar un formulario. Yo debí haber continuado estudiando allá, pero mis hermanos no me dejaron porque el tren por las noches era peligroso."

Como lo evidencian sus palabras, la vida de Juana Collado ha estado definida fundamentalmente alrededor de la de su esposo. Vivir en dos países sólo fue posible para Juana en tanto otras mujeres miembros de la familia extendida (madre, hermana, y otras parientas) asumieron la responsabilidad de supervisar y cuidar a sus hijos/as durante sus estadías en EE. UU. De acuerdo a Guarnizo es común encontrar

familias migrantes viviendo en más de una casa dentro y fuera del país. Son frecuentes los arreglos familiares en los que el padre, la madre o ambos viven en Nueva York con algunos/as de sus hijos/as o con ninguno/a de ellos/as, mientras sus demás hijos/as viven en la isla, en hogares encabezados por parientes o no-parientes. (1993:s.n.).⁸

Esta elección de vida sólo es viable en el contexto de sociedades como la dominicana donde los valores y estructura de familia extendida siguen siendo predominantes. También es probable que el acceso a mecanismos sociales que se ocupan de la crianza (la familia extendida) es en parte la razón por la cual Juana pudo mantener un trabajo en EE. UU., gozar de mayor libertad de movimiento y en general disfrutar más que después de su regreso.

La falta de información sobre el esposo de Juana deja sin esclarecer algunos hechos de sus vidas.⁹ Lo que se sabe es que ellos se casaron a través de un arreglo entre los padres de Juana y él; con el tiempo aprendieron a amarse el uno al otro y a permanecer juntos. El fue siempre quien tuvo el control sobre el presupuesto doméstico y la toma de decisiones.

Ningún estudio que analice los diferentes tipos de matrimonio es conocido por la investigadora, pero creemos válido afirmar que el matrimonio arreglado no es una práctica institucionalizada en la sociedad dominicana, aunque es común en algunas áreas rurales. En el caso de Juana el arreglo matrimonial, unido al control que tenían sus hermanos sobre su movilidad física

⁸Traducción nuestra.

N. de la E. Esta cita corresponde a la página 53 de este número de *Género y Sociedad* donde está siendo publicado el citado artículo de Guarnizo.

⁹Originalmente se había planeado entrevistarle, pero nunca estuvo presente cuando visité la casa, tampoco respondió positivamente a la solicitud de entrevistarle que le formulé a través de Juana.

mientras ella vivía en Nueva York (por ej., no permitiéndole estudiar inglés) y su reclusión voluntaria a su casa al regresar a R. D. refleja una fuerte influencia y control de las figuras masculinas en su vida, más de lo que ocurre actualmente en las vidas de las mujeres dominicanas.

En más de una ocasión, Juana evitó hablar sobre la salud de su esposo y sobre sus actividades económicas. Se decidió entrevistar a la persona que presentó a la investigadora (una prima del esposo de Juana) para información adicional sobre ellos. Esa persona afirmó que él tiene un problema cardíaco severo que le obligó a retornar a R. D. en 1981, aun cuando Juana y sus hijos/as hubiesen preferido vivir en EE. UU. Desde su regreso él ha estado comprando y vendiendo ganado. Sólo dos de sus hijos/as (estudiantes universitarios/as) todavía viven con ellos. Como medio de generar ingresos, Juana instaló en su propiedad junto a su casa, una cabina de teléfono para comunicaciones de larga distancia sobre la cual la compañía de teléfono le paga un porcentaje. Ella además trabaja todo el día como la operadora de ese servicio.

El esposo de Juana realizaba algunas pocas tareas domésticas mientras estaban en EE. UU., pero ninguna desde que regresaron a R. D. Más aún, su salud es utilizada para justificar esto, a pesar de que su vida social y su vida laboral son tan activas que pocas veces está en su casa, mientras que Juana está ahí todo el tiempo.

Segunda historia

Altagracia Pérez

La segunda historia es la de Altagracia Pérez, una mujer de veintinueve años oriunda de un campo de Sabana Iglesia, donde

vivió hasta 1974 cuando, a los once años, emigró a EE. UU. Su padre fue un campesino prácticamente sin tierra que emigró a EE. UU. a principios de los 70 buscando mejor vida, y quien, uno a uno, logró reunir a toda su familia.

En el presente Alta gracia vive en Santiago en Los Cerros de Gurabo, con su esposo, con quien ha estado casada por doce años, con sus hijas de once y nueve años, y con su hijo de ocho.

Al haber emigrado de niña, Alta gracia pasó por todo el sistema educativo norteamericano y por tanto ha sido muy influida por la cultura estadounidense. Cuando ella y su marido decidieron regresar a R. D., ella entendía que EE. UU. era un mejor lugar para vivir; sin embargo, como su esposo siempre quiso regresar, ella vino tras él. Hoy, después de haber retornado hace siete años, ella cree que sólo las dificultades económicas podrían hacerla mudarse de vuelta a EE. UU., y aún así, sólo como una solución temporal.

De las cinco mujeres en este estudio, Alta gracia es la única que actualmente mantiene un trabajo asalariado a tiempo completo en R. D.

"Cuando me fui yo era muy niña, tenía once años. Me fui porque mi mamá, mi papá y mis hermanos estaban allá, para unirse toda la familia. Primero se fueron mi mamá y mi papá, luego mis hermanos, y por último yo."

"Durante de mi niñez yo estaba bien aquí porque yo estaba con mi abuela, iba a la escuela y ayudaba con las tareas de la casa. Mi familia se fue por razones económicas, para mejorar el nivel de vida, ya que aquí no tenían la posibilidad. Mi papá y mi mamá ya están de regreso aquí, mi hermano y mi hermana

siguen allá, porque les gusta más allá que aquí, ya ellos no se adaptan aquí."

"Al principio cuando llegué a EE. UU. me dio trabajo adaptarme. Mis padres vivían en Manhattan (en 1974) en Prince Street y Bowery, un barrio caliente de calles muy sucias, con cantidad de borrachos en las calles, muy diferente a lo que yo estaba acostumbrada aquí. Yo tenía mucho miedo."

"Cuando yo entré a la escuela me tomó un año adaptarme, ya que al no saber inglés no entendía nada. Todos los que me rodeaban eran chinos, americanos, negros, había muy pocos hispanos. Mis compañeros eran muy buenos, la mayoría chinos, y los chinos son muy amistosos. El mayor problema era que las profesoras hablaban pero yo no entendía nada, me daban deseos de volver a mi país. Por esa razón tuve que aprender inglés rápidamente, al año ya yo conocía la lengua perfectamente."

"Yo duré doce años en EE. UU., del 1974 al 1986. Me casé en 1980. En ese tiempo vine una sola vez por una semana de vacaciones a ver la casa que estábamos construyendo para cuando regresáramos. Mi esposo venía más o menos cada dos años a ver su familia, ya que teníamos en plan ahorrar y mientras más se viajaba más se gastaba."

"En mi casa yo siempre era la que limpiaba, cocinaba, lavaba. En mi familia éramos mi papá, mi mamá, hermana, hermano, y yo, además de una prima hermana que vivía con nosotros y era muy haragana. Mi mamá trabajaba, mi papá también, mi hermana era menor que yo, y mi hermano, tú sabes, es hombre y los hombres en R. D. no alzan un dedo. Así es que criamos a nuestros hombres. En EE. UU. el hombre es un poco diferente que aquí; ayuda más y hace más que aquí, pero mi hermano ya estaba mayor cuando se fue, así que él no hacía nada. Bueno,

yo me quejaba pero siempre terminaba haciéndolo todo de todas formas. Mi mamá sufre del corazón y presión alta, así que a mi no me gustaba darle muchas quejas para que no le fuera a hacer daño."

"A los doce años llevaba un trabajo *part-time* cortando hielachas en una fábrica de ropa. Ellos me pagaban las piezas a centavos, semanalmente ganaba veinte, veinticinco dólares dependiendo. Yo era la única niña en el trabajo, las demás eran mujeres mayores. El dueño era amigo de mi papá. Yo iba a la escuela de 8:00 a. m. a 12:00 m., luego venía a la casa y cocinaba, a las 3:00 p. m. entraba a trabajar y salía a las 7:00 u 8:00 p. m. Desde entonces siempre he trabajado. Llegué a segundo año de la universidad, cuando lo dejé porque me casé, salí embarazada de una vez."

"Mi segundo trabajo fue en un *candy store*, yo limpiaba, arreglaba y también vendía, ahí me pagaban de sesenta a setenta dólares a la semana. Después trabajé en otra tienda. Después cuando vivíamos en Queens trabajé en la fábrica de los *BIC pens* empacando las navajas. Luego trabajé con un oftalmólogo chino en Queens que me pagaba ciento cuarenta/ciento cincuenta dólares semanales, con él yo trabajaba de 8:00 a. m. a 3:00 p. m. Luego trabajé en un *nursing home*, aquí yo tenía que hacer muchas cosas: dar las medicinas, inyectar la insulina, cubrir el *switchboard*, todo lo que aparecía. Yo ganaba ciento sesenta dólares semanales. En el *nursing home* conocí otro oftalmólogo que me ofreció otro trabajo. Con él trabajé más de seis años. Empecé ganando doscientos semanal, y terminé ganando cuatrocientos cincuenta semanal, más un bono navideño de mil o dos mil dólares. Yo siempre manejé la oficina sola. Después que yo me fui el tenía cuatro empleadas para hacer el trabajo que hacía yo sola. Ese fue mi último trabajo."

"Nosotros nos casamos en EE. UU. en el 1980. Al principio mi suegra vivía con nosotros, pues mi esposo era su único hijo. Tuvimos los tres niños allá, cuando vinimos el más pequeño de nuestros hijos tenía un año justo. Mi suegra siempre me ayudaba con los niños y los quehaceres del hogar hasta que se enfermó y no me pudo seguir ayudando tanto."

- "Mi esposo ayudaba muy poco; él ponía la mesa y sacaba la basura; pero de ahí no pasaba. En la semana no me quedaba tiempo para nada, los sábados era el día de la limpieza y de la compra. Mi esposo siempre me acompañaba a hacer la compra. El domingo era para visitar a mi papá y mi mamá y a las amistades de nosotros. Yo nunca tenía tiempo para mí. Me he pasado la vida trabajando. Ahora es que yo estoy prácticamente de vacaciones."¹⁰

"Cuando nació mi primera hija en el 1981 yo no volví a trabajar muy pronto porque el doctor para quien trabajaba no me volvió a recibir. Cuando nació la segunda hija yo volví a trabajar al mes, y cuando nació el último yo volví a trabajar a los quince días. Había días cuando me tocaba salir a las 6:30 a. m. con dos niños y la calle llena de nieve a coger un tren, después regresar a las 6:00 p. m., recoger los niños, ir a la casa a fregar, lavar la ropa, etc. Fue fácil para mí regresar al trabajo porque mi suegra vivía con nosotros y cuidaba al bebé mientras yo iba al trabajo."

"Mi marido primero trabajaba en un restaurante y después como chofer de taxi. El vio que la forma como podíamos hacer dinero y regresar más rápido era manejando taxi. Es una forma honrada de conseguir dinero aunque muy peligrosa. El no lo

¹⁰ Actualmente trabaja como única empleada a tiempo completo de una firma de contabilidad norteamericana en el país. Trabaja de lunes a viernes de 8:00 a. m. a 5:00 p. m. con un receso de dos horas para almorzar.

hizo antes porque yo siempre dije que no porque pensaba que era un trabajo agotador y peligroso. El llegaba tarde a casa, al final estaba sufriendo de los riñones ya que es un trabajo sentado todo el día en un carro."

"Mi hija mas grande fue a la escuela en EE. UU. como por seis meses. Era una escuela privada pequeña. Pagábamos ciento cincuenta dólares mensuales por tres días a la semana, de 8:00 a. m. a 12 m. Pronto ví que lo que estaba aprendiendo eran muchas malas palabras, sin ningún otro adelanto. La quitamos, ya que la escuela le estaba haciendo más mal que bien, así es que no valía la pena que asistiera."

"Hay una gran diferencia en el sistema educativo de ambos países. En R. D. los padres tienen más control sobre los asuntos de la escuela. Por ejemplo, allá si un profesor abusa sexualmente a un niño, da muchísimo trabajo que le hagan caso a los padres. En R. D., sin embargo la escuela actuaría de inmediato y cancelarían al profesor. Aunque EE. UU. es un país desarrollado, la gente no está alerta. Confían demasiado en los otros. Un buen ejemplo es como la gente cree todo lo que le dicen los vendedores y los viven estafando cuando compran por correo."

"En EE. UU. las escuelas públicas son mejores; son gratis, además de que a los niños les dan los libros. Las escuelas privadas en R. D. son muy caras, pero con un nivel educacional más alto que cualquier escuela (pública o privada) en EE. UU. La educación americana superflua prepara al niño sólo para las calles. No aprenden nada. No saben hablar correctamente, no saben historia o geografía. Se ingresa a la universidad y no sabes lo que quieres estudiar. Yo lo sé porque a mí misma me pasó, me pasé dos años acumulando créditos sin saber que quería antes de decidirme a no perder mi tiempo."

"Yo regresé a R. D. porque me casé, y mi esposo nunca le gustó vivir en EE. UU. Siempre quiso regresar aquí. Ya teníamos tres niños y a él no le gustaba la forma de criar allá. Quería que nosotros tuvieramos más control sobre su educación."

"En lugar de volver a mí me hubiese gustado más haberme ido a Miami, por el adelanto, la forma de vida, aunque se trabaje tú tienes lo que se necesita. Aquí es diferente; tú trabajas mucho pero hay muchas cosas que no puedes comprar, como un segundo vehículo familiar. Hace tiempo que yo quiero un carro, pero trabajando duro no me lo puedo comprar porque los intereses a un préstamo son demasiado altos. Pero uno quiere lo mejor para sus hijos y aquí es mejor para ellos. Por eso yo me adapté y ya hasta me siento bien con lo que tengo, pero no tengo todo lo que quisiera tener."

"Nosotros desde que nos casamos teníamos programado regresar a R. D. Incluso mi esposo vino un poco antes que yo y construyó una casa. La idea era tener una casa propia para vivir nosotros, sin parientes. La casa está legalmente a nombre de nosotros, pero mi esposo quiere ponerla en un testamento para que nuestros hijos sean los únicos herederos en caso de que uno de nosotros muera."

"Las decisiones siempre las tomábamos entre los dos, pero él es mejor administrador que yo, así que yo le daba mi cheque a él. El pagaba todas las cuentas y el resto iba para el banco. Para nuestros gastos personales teníamos una cuota semanal. Era nuestra forma de ahorrar. Es difícil vivir en una sociedad de consumo como la norteamericana."

"Después de tantos apuros, podemos decir que estamos bien. Tenemos casa y carro, pero la gente no ve que no hubo restaurantes, ni cines, ni helados, ni viajes. Si no es así no se puede

hacer nada. Otra cosa que nos ayudaba es que no tenemos vicios, y no íbamos a sitios caros como discotecas. Sólo comprábamos lo que se necesitaba. Vivimos una vida modesta y para nuestros hijos."

"Yo tengo la *green card*. Supuestamente se requiere ir a EE. UU. para mantenerla, pero hay sus formas de evitarlo."

"Regresamos en 1986. Al regresar yo pasé tiempo con los niños, visitando mi familia y amigos, yendo a las tiendas. Todo lo que no pude hacer allá por mi carga excesiva de trabajo, lo vine a hacer aquí. Para mí era algo nuevo. Aquí las tiendas son pequeñísimas pero no me importó. Pero con la comida sí. Aquí hay que prepararlo todo, hasta la leche.¹¹ Era difícil cocinar y yo no me sentía cómoda. En EE. UU. todo viene listo para comer, y se pueden conseguir muchas frutas y vegetales todo el año. La calidad de la comida es mejor y mucho menos cara. Allá tú vas a un supermercado y compras todo. Aquí tú tienes que ir hasta a cuatro supermercados para encontrar lo que quieres y muchos artículos que uno compra no se venden en los supermercados. La comida es lo único que extraño de los EE. UU."

"Cuando nosotros regresamos, ya todo estaba planeado (teníamos una casa). Al principio me adapté bastante bien. Tenía dos empleadas domésticas, una para los niños y otra para la casa. Mi esposo no quería que yo trabajara. A nivel económico nos fue bien, ya que mi esposo es muy organizado y al venir lo teníamos todo planificado. En el proceso de contruir nuestra casa él se dió cuenta de que el negocio de la construcción dejaba

¹¹ Actualmente la leche en polvo es la más utilizada en R. D. pues no se daña como la leche líquida (particularmente, en vista de la frecuencia de las interrupciones de la energía eléctrica) y su concentración puede ser controlada por el/la consumidor/a agregando más o menos agua. Además, es menos costosa y más fácilmente disponible que la leche líquida.

dinero. De manera que él empezó a construir casas y a venderlas. La mayoría de sus clientes vivían en EE. UU., los llamados 'dominican yorks', o dominicanos traficantes de drogas. Las construcciones en R. D. comenzaron a caer cuando se comenzó a dismantelar el negocio de las drogas."

"Duré un tiempo sin trabajar, pero no me encontraba estando en la casa todo el tiempo. Así que como al año y medio me enfrenté a mi marido y empecé a buscar trabajo, que no fue difícil porque necesitaban a alguien que hablara inglés. Mi esposo no peleó demasiado porque estaba convencido de que yo no me podría adaptar a un trabajo en R. D."

"Mi primer trabajo fue en una industria de la zona franca, donde trabajé igual que en EE. UU. —de 8 a. m. a 12 m. y de 1 p. m. a 5 p. m. Yo estaba encargada de todo el trabajo de oficina. Después de un año lo dejé porque tenía dos jefes que se contradecían en todo y hacían mi trabajo muy difícil."

"Después de que renuncié mi esposo no quería que yo buscara otro trabajo. Decía que era mejor para los niños que yo me quedara en la casa. Después de un año tuve la oportunidad de solicitar un nuevo trabajo (mi empleo actual). A mi esposo no le gustó y amenazó con divorciarse de mí si lo conservaba. Le dije que prefería firmar el divorcio que dejar mi trabajo. No podía quedarme en la casa más tiempo. Me sentía atrapada. Finalmente él se tranquilizó."

"Contrario a lo que yo hacía en EE. UU. —entregarle a él mi cheque para administrarlo— ahora yo administro mi propio salario y pago la escuela de los niños, la empleada doméstica, y mis gastos personales. También le doy a los niños su mesada y tengo una cuenta personal de ahorro de la que dispongo como considero. El paga por todo lo demás."

"Al regresar nosotros, mi hija mayor tenía cinco años, la segunda tres, y el más pequeño dos años."

"Mi esposo y yo siempre nos hemos ocupado de la educación de los hijos. Hemos decidido que él haga la supervisión del trabajo escolar mientras que yo me ocupo de la crianza. Mi esposo dedica tiempo a jugar con los niños, como yo me ocupo de la casa y no tengo mucho tiempo para jugar con ellos. Los sacamos a pasear los fines de semana, les hemos enseñado que los niños no salen de noche durante la semana."

"La niña más grande tiene la responsabilidad de recoger su cama y la del niño. Todos tienen que mantener sus habitaciones ordenadas. Si llega la hora de ir a la escuela y no han terminado de recoger sus regueros, cuando regresen de la escuela los van a encontrar ahí, y tendrán que recogerlo ellos mismos. Cuando estén grandes no habrá que repetírselo, lo harán por sí solos."

"El varón tiene la responsabilidad del jardín y del patio. Las niñas tienen que limpiar el baño, hacer las camas, y ayudar en la cocina. La mayor lava los platos y su ropa (tiene once años). La otra niña tiene que lavar su ropa interior."

"Yo trabajo de día. Almorzamos todos juntos en la casa. Cuando llego en la noche hago las cosas que tengo pendiente. Hablo con los niños sobre cómo les fue en el día, sobre su trabajo escolar, sobre sus nuevos amiguitos. Yo vivo indagando sobre sus vidas. Yo hablo mucho con ellos, porque pienso que esa es una manera de darles confianza, de forma tal que acudan a mí para cualquier asistencia o preguntas. Plancho y lavo mi ropa y la de mi esposo, limpio y organizo nuestra habitación. Yo siempre tengo algo que hacer, cocer un pantalón, arreglar un uniforme. Porque aunque yo tengo quien me lo haga, a mí me gusta revisarlo yo, chequear las tareas."

"En R. D. es tan fácil tener la trabajadora doméstica que una no se atravesaría ni a soñar en EE. UU. Ella es una gran ayuda para mí y libera mucho de mi tiempo, que puedo entonces dedicar a mis hijos. Ella se ocupa de la casa y vigila a mis hijos en las tardes mientras estoy en el trabajo."

"Lo más importante para los hijos es la vivencia diaria, el amor y cuidado de sus padres. En EE. UU. no se tiene tiempo para los hijos. Allá uno sale en la mañana y regresa en la noche; no tiene oportunidad de verlos durante el día. Uno los lleva a la escuela, los recoge y cena con ellos. No hay tiempo para conocerse mejor. Los más pequeños necesitan más de sus padres. Para mí eso ha sido lo más importante. Y después de eso su educación escolar. En R. D., por otra parte, se les puede supervisar por teléfono, se puede almorzar con ellos, si algo les pasa es más fácil ausentarse del trabajo y de inmediato se está en la casa con ellos."

"Como mujer en EE. UU. se tiene muchas ventajas. Hay facilidades de transporte de manera que tú no tienes que depender de nadie, tú no tienes que depender del hombre para salir. Aquí en R. D. la mujer para hacer cualquier cosa tiene que depender del hombre. Económicamente es más ventajoso allá que aquí; por ej., hay más empleos disponibles y el pago es mejor. Otra ventaja es que en las calles tú puedes andar como tú quieras y nadie se anda fijando en ti. Aquí, particularmente en Santiago, la gente intenta controlar tu vida, observa como vives, lo que haces, interfieren de tantas formas en tu vida que te agobian. Estamos muy atrasados nosotros en eso, nos falta mucho."

"Para los hombres es muy bueno porque les enseña que tienen que trabajar igual que las mujeres, incluso en la casa tienen que trabajar, y ayudar a preparar las comidas. Si no cocinan; tal vez no coman."

Para Altagracia, la migración estuvo causada por presión económica. Las experiencias de ella y de su esposo ofrecen algunas ideas sobre posibles estrategias para hacer exitosos los intentos de retorno.

Contrario a Altagracia, su esposo nunca consideró como permanente su estadía en EE. UU. Una vez en EE. UU., siempre tuvo más de un trabajo para poder ahorrar suficiente dinero para construir una casa en R. D. antes de retornar.

Tenían tanta prisa en ahorrar suficiente dinero para su regreso que vivieron una vida muy modesta, al punto de dedicar todo su tiempo libre exclusivamente a visitar amistades y parientes/as.

Una diferencia significativa entre Altagracia y las otras mujeres en este estudio, es su determinación de trabajar a pesar de la resistencia de su esposo. Ella lo enfrentó y no permitió que sus amenazas la intimidaran. De acuerdo a Altagracia, los hombres latinos no sólo son muy egoístas, machistas y celosos, sino que creen que deben mantener a sus esposas en la casa como simples accesorios, mientras ellos tienen la libertad de tomar cada una de las decisiones y la responsabilidad de proveer para la familia.

Cuando se le solicitó que comparara su trabajo en EE. UU. y en R. D., Altagracia indicó que en R. D. la jornada de trabajo es mucho menos intensa y extenuante que en EE. UU. En EE. UU. ella se sentía tan presionada que a menudo soñaba con que llegaba tarde al trabajo. Otra gran diferencia es la remuneración, que es mucho más alta en EE. UU. que en R. D. Aunque señaló que también los gastos son mayores en EE. UU. (específicamente mencionó la ropa, debido a los cambios de clima, y las escuelas privadas) de manera que cuando se ve la situación en conjunto resulta prácticamente lo mismo en un

lugar y en el otro, a pesar de que en su caso le ha ido mucho mejor económicamente en R. D. (están bastante bien ahora y ambos tienen buenos trabajos). Por esto ella está convencida de que sólo la dificultad económica puede hacerla regresar a EE. UU.

Ambos tienen buenos trabajos y tienen suficiente abundancia como para poder tomar tiempo libre para divertirse. Además de una casa y un carro, ahora tienen también un bote de velas y una cabaña en las montañas que ambos disfrutaban los fines de semana. Ellos y sus hijos/as son también socios de un exclusivo club social.

Al haber emigrado tan joven, Altagracia pudo superar rápidamente la barrera inicial del idioma, un hecho que tuvo un impacto importante en su experiencia laboral en EE. UU.

Como respuesta a la pregunta sobre cómo se siente con la manera como los/as dominicanos/as tratan a los/as "dominican yorks"¹² y si ella se identifica como tal, ella define a los/as "dominican yorks" como dominicanos/as con muy poca educación que emigraron a EE. UU. y se deslumbraron por esa cultura. Escogieron hacer dinero de la manera fácil y por eso lo gastan de manera descuidada. Viven, se visten y se comportan para llamar la atención de los/as demás. A los/as "dominican yorks" se les discrimina por su comportamiento escandaloso y por alterar vecindarios tranquilos. Ella no se describe ni a sí misma, ni a su familia de ninguna de estas formas.

¹² Dominican york es un término utilizado para referirse a los que regresan a R. D. y mantienen sus estilos de vida. Esto incluye lenguaje, niveles de consumo, estilos de vestir, y la mayoría de los comportamientos culturales. Los hombres adultos son inusualmente violentos, llevan pistolas y a menudo están involucrados en el tráfico de drogas.

Tercera historia

María Ferreiras

María es una mujer de treinta y cinco años nacida en un campo de Jánico, quien vivió en EE. UU. durante siete años (de 1974 a 1981). Es madre de cuatro niñas (de dieciséis, quince, nueve y siete años). Ella vive con su esposo en Los Jardines, Santiago. El es dueño de un negocio de cambio de dólares donde ambos trabajan.

La historia de María, como se planteó en la introducción, muy probablemente habría sonado de manera diferente si hubiera habido la oportunidad de entrevistarla sin las frecuentes acotaciones de su esposo.

"Me fui a EE. UU. en 1974, y estuve allá siete años. Dos años antes de irme de R. D. mi marido que ya vivía allá vino a casarse conmigo. Yo tenía diecisiete años cuando me casé. El también es de mi campo, así es que nos conocíamos antes de que él emigrara."

"Yo me fui del país porque me casé. Después que me casé tomó dos años resolver todo el papeleo para que yo pudiera unirme a mi esposo en EE. UU. Poco después de llegar allá tuve mi primera hija, y un año después, la otra. Las otras dos nacieron aquí en R. D."

"Antes de irme no realizaba ningún trabajo fuera de la casa, las hermanas nos rotábamos los trabajos domésticos. Cuando me casé vine a vivir a la ciudad con los padres de mi esposo donde también ayudaba con los trabajos de la casa."

"Cuando me fui a Nueva York fui a una factoría a trabajar costura. Todo el tiempo que estuve en EE. UU. sólo tuve ese trabajo. Comencé ganando cien dólares semanales. Cuando nació mi primera hija el dueño de la factoría me prestó una máquina y me llevaban la costura para hacerla en la casa."

"No aprendí a hablar Inglés porque el dueño de la factoría era puertorriqueño y todos los trabajadores eran hispanos, así que no necesitábamos la lengua en el trabajo que era donde yo pasaba la mayor parte del día."

"No pude estudiar más allá del octavo curso porque dejé de estudiar tan pronto me casé. Cuando las niñas estaban más grandecitas una tía me las cuidaba, y volví a trabajar en la factoría. Cada vez que tenía vacaciones venía a R. D. de visita."

"En EE. UU. los trabajos domésticos los realizaba con una hermana mía que llegó a vivir a mi casa en el 1976. Ella trabajaba de día y yo de noche. Yo cocinaba la cena y ella limpiaba. Durante los fines de semana las dos hacíamos las demás tareas pendientes en la casa."

"Mi marido no participaba en nada de las tareas domésticas; mi hermana y yo hacíamos todo. Yo era la que realizaba todas las compras y diligencias necesarias fuera de la casa. Del salario de mi esposo se pagaban la renta y las utilidades; mi salario se invertía en comida y ropa. Cualquier dinero sobrante se depositaba en una cuenta de ahorro conjunta. Yo trabajaba allá porque el salario de mi marido no era suficiente para cubrir los gastos familiares."

"Al regresar aquí he continuado trabajando fuera de la casa en el negocio de mi marido. Aunque no se me paga, todos nuestros gastos son cubiertos de ese negocio."

"Nosotros regresamos cuando las niñas ya tenían edad de ingresar a la escuela, porque no nos gustaba el sistema de la educación allá. El horario es muy largo. Hay gente negra. Hay drogas. Tú sabes. Nosotros acordamos que regresaríamos cuando las niñas tuvieran edad de ir a la escuela. Para poder regresar mi esposo tuvo que trabajar duro. Siempre tenía dos empleos."¹³

"Regresamos en 1981. Después de haber estado aquí de vacaciones, nos dimos cuenta de que era un buen momento para comenzar un negocio de cambio de dólares, lo hicimos y hasta ahora nos ha ido bien."

"Supervisar la educación de nuestras hijas, es algo que hacemos entre los dos. Los permisos casi siempre me lo solicitan a mí, y yo le digo a él. A veces le digo que hablen directamente con su papá, pero siempre al final la decisión es de él. Cuando hay que dar algún consejo le pido a mi esposo que participe, porque creo que le ponen más atención a él que a mí."

"La única recreación que teníamos cuando estábamos en EE. UU. era ir a visitar familiares, ir al parque, y ver juegos en el invierno. Fuimos dos o tres veces a la playa. Después que regresamos aquí sólo he salido a acompañar a mis hijas a fiestas, cumpleaños, despedidas de soltera y otros eventos similares. A mi esposo no le gusta salir, y a mí no me gusta salir sola, aunque estaría dispuesta a asistir sola a celebraciones que sean sólo de mujeres."

"Después de haber regresado hace once años a R. D., no puedo decir que aquí sea mejor que en EE. UU. El único problema que hemos tenido recientemente fue tener que cambiar

¹³Usualmente él trabajaba como taxista y como conserje o en su propio colmado.

a las niñas de colegio porque cuando iba a buscarlas eran todos grupitos nada más hablando en inglés fuera del salón de clases pues esa escuela estaba llena de dominican yorks."

Como la mayoría de las mujeres entrevistadas, a María no le gusta el sistema educativo norteamericano. Ella piensa que el sistema de escolaridad dominicano permite una mayor intervención de los/as padres/madres en la educación de los/as niños/as.

Aunque María y su esposo sólo expresaron una preferencia por el sistema escolar dominicano con relación al de EE. UU., esta reflexión parece encubrir sus prejuicios hacia algunos valores culturales norteamericanos. Visto de esta forma, es comprensible su temor ante la posibilidad de que sus niñas "hablen inglés" en la escuela. Ellos se diferenciaron de los/as "dominican yorks" de manera enérgica, y caracterizaron de este modo a aquellos/as niños/as que hablan inglés en la escuela. Así mismo afirmaron que esos/as niños/as que muestran malos modales, fueron enviados/as al país porque sus padres/madres no los/as podían controlar, y no están siendo controlados/as por sus docentes en la escuela.

María ve su trabajo como una contribución complementaria al principal ingreso familiar (el salario de su esposo). Como ella lo expresó, mientras estaban en EE. UU. ella trabajaba porque el salario de su esposo no era suficiente para cubrir todos sus gastos. Ahora de vuelta en R. D., ella está trabajando en el "negocio de su esposo" sin salario, mientras que su marido —administrador formal del negocio— tiene libre acceso al ingreso familiar. Esto se agrava por el hecho de que ella no se percibe como co-dueña del negocio, como lo refleja su designación del negocio como de su marido, y tampoco tiene ella la misma libertad de manejo del ingreso familiar. Parecería que ella no está

en desacuerdo con este doble estándar con respecto al acceso relativo al ingreso pues ella entiende su trabajo como una extensión de su trabajo doméstico y de sus responsabilidades de esposa.

En general, la vida social de María gira alrededor de la vida social de sus hijas. María, su esposo y sus niñas son miembros del club social más exclusivo de Santiago donde ella lleva regularmente a sus hijas los fines de semana, para fiestas especiales y eventos sociales. A pesar de que a ella le gusta salir y hacer cosas, no así a su esposo, y entre las familias de clase media alta en Santiago, no hay muchas actividades socialmente aceptables que las mujeres puedan hacer independientemente de sus esposos. Otra actividad social significativa para María son las visitas y reuniones familiares en su comunidad de origen. Esto es particularmente importante dado que su esposo está siempre presente en las mismas de manera que la familia participa como una unidad.

Ella nunca aprendió a hablar inglés aunque residió en EE. UU. durante siete años. Su esposo, sin embargo, lo habla con fluidez.

Cuarta historia

Carmen Peña

Como se mencionó en la introducción, Carmen es la de mayor privilegio económico de las mujeres entrevistadas. Después de que su esposo murió ella se convirtió en la dueña única de un negocio de cambio de dólares y de una agencia de viajes. Ella tiene treita y nueve años y es madre de cinco hijos/as. Nació en un campo de San José de las Matas. Vivió en EE. UU. durante ocho años (de 1973 a 1980) y se casó con el mismo

hombre dos veces. Ella es la única mujer entrevistada que, junto a su esposo, hizo más de un intento de regresar a R. D.

Al principio de 1994 durante la segunda ronda de entrevistas, se descubrió que Carmen se había mudado de vuelta recientemente a la ciudad de Nueva York. Por esta razón, no fue entrevistada en esa segunda ronda. Para reunir alguna información sobre sus recientes cambios se entrevistó a la persona que la contactó originalmente. Entre otras cosas, esa entrevista indicó que Carmen se casó con el dueño de un supermercado en la ciudad de Nueva York, vendió su casa y su negocio, pagó las deudas de su difunto marido e inició una nueva vida mudándose de vuelta a Nueva York con su nuevo esposo y sus cinco hijos/as.

"Yo tenía dieciséis años cuando me casé. Dos semanas después de la boda, mi esposo se fue a EE. UU. y comenzó a preparar todo para que yo me uniera a él allá. Antes de casarnos nosotros duramos veinticinco días de amores. Yo era catequista. Siempre cuando yo salía de la escuela mi tiempo era para ayudar a mi mamá en mi casa, pues mi mamá tenía doce hijos (seis hijas y seis hijos). Yo era la segunda y realmente no tuve niñez."

"Duramos tres años él viviendo allá y yo aquí con sus padres. Yo quería seguir estudiando mientras él me hacía el viaje, pero dijo que no. Antes de casarnos no hablamos de eso, yo lo daba por seguro que él se iba para Nueva York, yo me quedaba con su familia e iba a continuar mis estudios. El dijo que no, que su mujer no iba a andar para arriba y para abajo como una cualquiera."

"Mi suegra siempre dijo que yo era la otra hija que ella no tuvo. Su hija tenía catorce años, eramos dos adolescentes viviendo juntas como hermanas. Nos llevábamos muy bien."

"Cuando él se casó coningo tenía otra mujer embarazada, pero no me dijo nada. Al yo llegar a Nueva York él atendía a la niña y a la mujer. El quiso seguir su compromiso con las dos. Yo le dije que eso no era posible, y me fui a vivir con su hermano. Después de siete meses él me buscó un apartamento donde yo viví sola por un mes, pero él siguió viviendo con la mamá de su hija. Al cabo de ese mes yo me vine para acá a donde sus padres, le escribí una carta donde le decía que eligiera con cual se quedaba de las dos. Que si pensaba quedarse con la otra que viniera que nos íbamos a divorciar. El vino pensando que yo no me iba realmente a divorciar. Fuimos y nos divorciamos. Mientras estuvimos divorciados yo dije, yo debo aprovechar, me puse en una escuela para aprender a manejar, me compré un carro para de esa manera no tener que depender de nadie para moverme."

"Al cabo de un tiempo él lo perdió todo allá y vino para R. D. Al cabo de tres meses de él regresar de EE. UU. me llamó y me pidió que nos volviéramos a casar. Un año a partir del momento en que nos separamos nos volvimos a casar. En ese tiempo antes de volvernos a EE. UU. él tenía un restaurante en Santiago, trabajábamos los dos de las 5:30 a. m. a las 8:00 p. m. Eventualmente lo perdimos todo, así que nos volvimos a Nueva York sin nada, a comenzar otra vez."

"Vivíamos en casa de su hermano y nos pusimos a trabajar para comprar una casa y después buscar el primer hijo. El quería que cuando su primer hijo naciera él tuviera un nido donde recibirlo, de manera que yo no tuviera que trabajar más, sino que me dedicara a atenderlo a él y al niño."

"Al llegar a Nueva York yo quise seguir estudiando de nuevo, él dijo que no, aún así solicité una beca y la gané, pero al ganarme la beca ya estaba embarazada y tuve que renunciar a ella. Dejé de trabajar y seguí estudiando aunque él no quería. El era muy egoísta conmigo a pesar de que yo siempre fui obediente y fiel dentro del matrimonio. Creo que él tenía miedo de que yo me superara más que él. Ese hombre me hacía la vida imposible. Empezó a ponerse celoso, así que como a los cinco meses tuve que dejar los estudios. De todas maneras eso fue un arranque para mí. Desde entonces me hice más independiente, iba al médico, a las tiendas, hacía citas por teléfono. Cuando nació mi hija yo me defendía bastante bien sola."

"Hicimos las cosas como estaban planeadas y a los tres meses de mi primer embarazo dejé de trabajar. Yo no quería dejar de trabajar porque qué iba yo a hacer en la casa. A mí me daba tiempo para trabajar, tener mi casa bonita, pero él dijo que no, que trabajar era un peligro. Así que yo tenía que obedecer."

"Durante mi embarazo, él después que terminaba de trabajar se iba a jugar hasta las dos, tres y a veces hasta las cinco de la mañana. Cuando me faltaban unas semanas para dar a luz mi suegra fue a hacerme compañía para que yo no fuera a dar a luz sola (su familia estaba enterada del tipo de vida que él llevaba). Desde el día que yo salí del hospital el dejó de jugar, nunca más volvió a salir a jugar."

"Cuando nosotros regresamos a R. D. en 1980 mi hija mayor tenía dos años, los cuatro hijos restantes nacieron aquí. Regresamos porque el padre de mi esposo fue asaltado y herido en su negocio. Mi esposo vino a la gravedad de su papá y se hizo cargo del negocio, como vio lo rentable era, decidió a las tres semanas vender la casa y regresar a R. D."

"El matrimonio es una cosa sagrada. Es posible hacerlo funcionar si se quiere. Yo vengo de una familia pobre pero muy unida. Aunque mi esposo y yo a veces peleábamos, considero el matrimonio algo muy bonito."

"Poco a poco yo le hice viaje a EE. UU. a mi familia completa, ahora mi padre y mis hermanos viven todos allá, menos mi mamá que está aquí. Mi familia vivía con nosotros y contribuían con una renta a cubrir los gastos de la casa. Yo cocinaba, lavaba y planchaba la ropa de todos. A mí no me hacía mal porque como era mi familia y ellos trabajaban y yo no, así que lo más lógico era que yo lo hiciera todo. Yo hasta tenía que lustrar los zapatos de mi esposo y lavarle el carro. El siempre me hizo cosas fuera del matrimonio, pero yo lo perdonaba, siempre lo perdonaba. El fue muy buen padre y buen esposo."

"Al nosotros regresar trajimos poca cosa. Vendimos la casa y el carro. Ya teníamos nuestra casa aquí, aunque sus padres estaban viviendo en ella. Pero yo no tenía problema en irme a vivir con sus papás, así que con el poco dinero que teníamos compramos un carro. El empezó a trabajar, nos fue muy bien. El era el esposo ejemplar, no salía, pasaba su tiempo trabajando en su negocio. Le fue muy bien, el negocio fue creciendo, al punto que tuvo que comprar un nuevo local."

"Entonces mi marido no tenía tanto dinero y vendió la casa que teníamos, hicimos un apartamento arriba y el negocio abajo y yo trabajaba con mi esposo en mis momentos libres. Mantenía mi casa hermosa, ése era mi *hobbie*."

"Mi marido era un hombre incansable, tenía cerca de cuarenta años cuando murió. Yo he continuado la rutina. No ha sido difícil seguir luchando sin él porque yo siempre me he ocupado

de los niños, las compras y de la casa. Su hermano me ha ayudado a administrar el negocio porque él tiene uno similar."

"Una de las ventajas de vivir en EE. UU. es que la comida es más barata y de mejor calidad. Pero se vive mejor aquí, no hay ese ajeteo de vida. Siento que aquí está mi corazón, que ésta es mi casa."

"Cuando me fui la primera vez fue por mi esposo. Siempre seguí las decisiones de él. Para mí R. D. es un paraíso. Yo vivo muy bien aquí. Ya tengo aquí mi negocio y mi casa y no pienso regresar allá, aunque me gusta ir por dos semanas porque todos mis hermanos están allá. Mantengo la ciudadanía americana, lo cual me permite mantener allá mi seguro de salud y de vida. Mis hijos han nacido aquí, pero todos son ciudadanos americanos."

"Con respecto a la educación de los niños, las niñas prefieren jugar con muñecas, pero hay juguetes que todos comparten, como el nintendo. Me gustan mucho los juegos compartidos, porque eso une la familia. Tengo los niños en tres colegios, pero los llevo a todos y siempre comemos juntos para no perder la costumbre de familia, esas son las cosas que me hacen feliz."

La historia de Carmen es probablemente la que mejor ilustra la sumisión de la mujer rural dominicana y su comprensión de su rol. Para Carmen, parte de ser una buena esposa depende de la habilidad de la mujer de conservarse bajo la autoridad del esposo. Este patrón dominicano común se hizo evidente desde el principio de su historia cuando su esposo se rehusó permitirle continuar estudiando tan pronto se casaron. Le prohibió también continuar trabajando después de su tercer mes de embarazo argumentando que "era peligroso y... [ella] tenía que obedecerlo". Más aún, fue la decisión de su esposo de emigrar a EE. UU.

la que primó sobre la preferencia de Carmen de permanecer en su país. Ella nunca comprendió, ni compartió ninguna de estas decisiones, pero pudo respetarlas.

Los arreglos genéricos tradicionales ilustrados por la historia de Carmen no se limitan a las relaciones entre esposos y esposas. Carmen no sólo tenía que estar bajo la autoridad de su marido, sino que tenía que lidiar con otros miembros masculinos de la familia extendida, además de con su esposo. A pesar de todo, Carmen no cuestiona estas normas. En vista de que ella no comentó sobre las mismas y utilizó un tono de aceptación para describir su vida, parecería que para ella estas normas son parte de un orden natural.¹⁴

Aunque Carmen no hiciera un reconocimiento de su contribución al negocio de su esposo, sí indicó que parte de su énfasis en mantener su casa impecable tenía que ver con el hecho de que él necesitaba un lugar para reunirse y atender hombres de negocios. Su casa era muy lujosa, una mansión de tres pisos que ocupaba una cuadra entera, con áreas sociales amplias, piscina, cancha de volibol, etc.

Los sentimientos positivos y los sueños de Carmen sobre R. D. y la muerte violenta de su esposo parecen un tanto incongruentes. Al mirar el desempeño de ella en los negocios después de la muerte de él, parece claro que había un lado oscuro en el negocio del cual ella no sabía y que impedía que su gestión fuera tan provechosa como la de él. El hecho de que fuera imposible determinar cuales transacciones legales justi-

¹⁴A lo largo de todo el proceso de la entrevista, Carmen exhibió un sentido de orgullo de su condición de mujer. Como ella diría, siempre fue una esposa amorosa, dedicada y fiel, una excelente madre y una hija obediente. Ella nunca entendió por qué su esposo fue tan mezquino con ella cuando todo lo que ella le ofrecía era amor. No obstante, ella dice que cree que en el fondo él siempre la amó y que ella lo recordará como un excelente esposo y un buen padre.

ficaban el volumen de dinero generado por el negocio podría haber tenido relación directa con la muerte de él y, a su vez, con el final de los sueños de ella.

Probablemente haya también una conexión entre algunos aspectos oscuros en el manejo del negocio de su esposo y algunas precauciones inusuales que él tomó antes de que ellos regresaran. Según ella, ellos no retornaron antes de poder hacerse ciudadanos norteamericanos. El insistió en mantener los seguros de vida y salud norteamericanos, y se aseguró de notificar a la embajada norteamericana cada vez que uno/a de sus hijos/as nacía para garantizar su derecho de convertirse también en ciudadanos/as norteamericanos/as.

Hacia el final de su última estadía en R. D., Carmen estaba desesperada por regresar a EE. UU. porque no podía seguir enfrentando las presiones legales y sociales que resultaron de la muerte de su esposo. Vendió su casa por casi un millón de dólares. También vendió su negocio y gastó parte del dinero en pagar las deudas de su esposo. De acuerdo a un/a informante, su nuevo esposo es dueño de muchos negocios en la ciudad de Nueva York, incluyendo un supermercado.

Quinta historia

Lucrecia García

Lucrecia es una mujer de treinta y cinco años que emigró de un campo de Jánico a EE. UU. cuando tenía dieciséis años (1974). Ha vivido con su esposo y sus tres hijos en Los Cerros de Gurabo, Santiago, desde 1983 cuando regresaron a R. D. Ni ella ni su esposo tienen trabajo en R. D. Viven de una bodega (un colmado de vecindario) que su esposo tiene en EE. UU.

Ellos retornaron como resultado de la enfermedad del esposo y de su decisión de no educar a sus hijos en EE. UU.

"Mi familia emigró a EE. UU. en 1965. Mi papá era pobre a pesar de que su familia tenía buenos recursos. El fue el primero en irse y luego nos hizo viaje a todos, del mayor a la menor."

"Yo viajé en 1974 a los dieciséis años. Mi vida era una vida normal de campo. Yo caminaba cuatro kilómetros diarios para ir a la escuela y cuatro para regresar. Cuando me fui a EE. UU. había terminado el octavo curso. Era una vida bastante difícil. Iba en la mañana a la escuela, regresaba casi a las dos de la tarde porque era muy lejos. Hacía la limpieza de la casa, ayudaba a cuidar los chiquitos, ya que yo era la más grande de las hembras que quedábamos en la casa. Las tareas y todas estas cuestiones de estudio había que hacerlas a la una de la noche, o quizás levantarme a las cuatro de la mañana. A pesar de las dificultades mi familia era una familia privilegiada; la nuestra fue la primera casa con luz, y nosotros los primeros en tener nevera y televisión. Toda la vecindad iba a ver televisión a mi casa, y a buscar su hielito."

"Yo vivía con mi mamá y mis con cinco de mis hermanitos/as más pequeños. Nosotros somos once, ya se habían ido cinco. A mi mamá y a mi nos tocó viajar juntas. Nosotros vivíamos muy bien, mi papá ya estaba en lo Estados Unidos, mandaba siempre dinero. Se hizo una casa bastante buena y cómoda, éramos lo que se puede decir una clase media acomodada. Las cosas primordiales la teníamos todas. Muchas veces teníamos servicio, pero siempre nos enseñaron a trabajar."

"En EE. UU. llegué a vivir con mis dos hermanas. Mi hermana me buscó un trabajo para que en lo que empezaba la escuela

lograra algún dinero para comprar mis útiles. Yo era menor de edad, tuvimos suerte, un señor judío casado con una dominicana era dueño de una fábrica de electrónica y me empleó. El empleaba muchos dominicanos y nos trataba muy bien. Me dieron un mini-curso para técnicos. Me pagaban ciento cincuenta dólares semanales. Me trató tan bien que cuando llegó mi inscripción me rehusé ir a la escuela. Pasé por casi todos los departamentos de la fábrica (archivos, compras, ventas), el salario aumentaba, no mucho pero aumentaba. El dueño de la fábrica nos buscó un profesor de la universidad que nos daba cursos de inglés. Esto sólo como un año porque los demás trabajadores se cansaban, y al final sólo estaba yo, así que se le hacía muy costoso para una sola persona."

"En la casa éramos nueve, mi hermana mayor, sus cinco hijos, su esposo, mi otra hermana y yo. Era una casa propia bastante grande. Los sábados después de ir a la universidad a coger las clases de literatura, veníamos a la casa, se hacía la limpieza de la casa. Después íbamos a la tienda, en la noche a una fiesta de familia o al cine. Mi hermana no trabajaba fuera de la casa, ella atendía los hijos y cocinaba todos los días. Yo le ayudaba a lavar los platos y con los niños. A veces tomaba cursos de inglés, iba a la iglesia, al teatro, etc.)"

"Yo visité un día la escuela a donde yo iba a ir y ví que había mucha gente de color, entonces como uno va predispuesto, uno sabe que los negros no son muy amables, yo no quise ir a la escuela. Por lo que decidí continuar en mi trabajo estudiando inglés de noche. Yo trabajaba de 8:00 a. m. a 5:00 p. m. Estaba aprendiendo mucho de electrónica, soldadura, etc."

"Mientras trabajaba en la fábrica, comencé a hacer unos cursos de literatura en la Universidad de Saint John los sábados."

"Hice muy buenas amistades, me sentía muy bien, viajaba con frecuencia. Llevaba una vida normal de una jovencita. Iba a la playa, piscina, museos, siempre con cierto apego a las raíces mías de aquí haciendo cosas que tuvieran que ver con diversiones sanas. Fiestas de cumpleaños, siempre cuestiones familiares, nada de discoteca, etc. Tenía muy buenos amigos. Tuve mucha suerte. Viajé mucho. Durante mis vacaciones estuve en Puerto Rico, Santo Domingo, Canadá, donde quisiera."

"A mi papá lo veíamos poco, quizás los sábados, ya que él vivía y trabajaba en New Jersey, además después que yo llegué el pasó poco tiempo allá en los Estados Unidos, él regresó como a los dos años de yo haber llegado porque mi mamá nunca se mudó para allá, ella iba una o dos veces al año y se pasaba como un mes."

"Como a los cuatro o cinco años de yo vivir en EE. UU. mi cuñado compró un negocio y me propuso irme a trabajar con él. Yo acepté porque estaría trabajando con la familia. En este trabajo duré como dos años, ya que me enamoré y vino la cuestión del matrimonio. Al enamorarme y casarme comenzó una vida diferente, teníamos un apartamento muy bonito en la parte alta de Floshing, pero al noveno mes de embarazo de mi primer hijo mi esposo se enfermó y hubo que operarlo en la misma semana que yo salí del hospital de hacerme una cesárea. Por esta razón estuvimos los dos convalecientes al mismo tiempo. Tuvimos que dejar nuestros respectivos trabajos y vivir de la asistencia pública (todo fue muy doloroso para mí). Recuerdo que el día que nos tocó ir a la oficina estatal yo iba llorando todo el camino porque no quería ir. Nosotros no eramos muy adinerados, pero nunca antes tuvimos esa necesidad."

"En ese tiempo vinimos aquí y pasamos unas vacaciones largas hasta que mi esposo se recuperó. Mi esposo y su familia

decidieron comprar un supermercado, así que regresamos a trabajar en ese negocio."

"Cuando me casé y salí embarazada, ya no trabajaba fuera porque mi esposo no quería. Pensé en mis estudios, en que había dejado algo atrás e hice mi bachillerato en una escuela que sólo había que ir a tomar los exámenes cada quince días o semanal. Te exigían tomar un examen de admisión en inglés, pero cuando te admiten todos los materiales y exámenes son en español. Era un programa muy completo, muy bueno y sólo duró como unos seis meses."

"Antes de nacer el niño, íbamos juntos a hacer el lavado y las compras. Lo de la casa lo hacía yo, aunque él a veces me ayudaba. Compartíamos muchas cosas. Todo cambio después que tuve los niños. Ya no había ni el tiempo, ni la posibilidad de recreación. Además el tipo de trabajo de mi esposo era un trabajo los siete días de la semana hasta las diez y once de la noche y tenía que estar disponible todo el tiempo por si sonaba la alarma de robos de su negocio. Era una vida muy complicada."

"Si él cogía un día libre, en verano nos íbamos a una feria, un parque grandísimo. Si dejábamos los niños con un familiar íbamos a una museo, al billar, al boliche; pero la mayor parte del tiempo yo la pasaba sola en la casa con los niños."

"Mi esposo se volvió a enfermar. Tenía problemas circulatorios y los médicos le dijeron que tenía que mantener las piernas para arriba, lo que era imposible con el trabajo que él tenía. Resultó imposible que siguiera haciendo el trabajo que el hacía. Como él era dueño de un negocio y tenía algunos ahorros, decidimos regresar a R. D. La decisión de venir para

acá fue un poco apresurada, y yo no estaba de acuerdo. Yo no veía futuro. Decidimos venir, pues era la única salida razonable."

"Fue muy duro para adaptarnos, ya que no teníamos dinero, sólo unos ahorritos pequeños. La tía de mi esposo nos ayudó mucho para las gestiones de una casa. Conseguimos un préstamo en el banco por veinte años para comprar la casa y con nuestros ahorros compramos la guagüita que tenemos. Una situación un poco rara para alguien que viene de EE. UU. que normalmente se supone que viene cargada de todo. Cosas lujosas, lámparas, etc. Todo lo que teníamos allá lo dejamos, no vendimos nada. El proceso de readaptación a R. D. fue un poco complicado para mí porque no estaba regresando al campo de donde yo me fui, sino a una ciudad donde yo no conocía a nadie. Yo creo que por la edad y por el deseo de luchar me fui adaptando como pude. Buscamos el colegio que pensábamos era mejor para los niños. Yo comencé a hacer algunos cursos. Fui conociendo damas de la ciudad, pero sólo conociendo. Tenía mucho temor de hacer amistades."

"Después que uno se acostumbra a vivir en los Estados Unidos es difícil adaptarse al estilo de vida dominicano. Allá para la mujer a nivel de la cocina, todas las cosas son fáciles. Tú cocinas rapidísimo, los condimentos vienen preparados, vas a un sólo sitio y haces tu compra. Aquí se pierde mucho tiempo, tú tienes que ir a veinte sitios para en cada tienda comprar una sola cosa. A pesar de todo eso yo me he sentido bien aquí y por nada del mundo quisiera regresarme a los EE. UU."

"Yo empecé a sentirme bien al año o a los dos años cuando pudimos amueblar la casa, equiparnos, conocer y dominar el medio, pude buscarme alguien de servicio que me ayudara. Como mujer y como madre yo prefiero estar aquí por mis hijos. Se puede estar más cerca de ellos y ayudarlos con la escuela y con las amistades. No se puede hacer eso en EE. UU. porque

poco después de que los niños comienzan la escuela tú estás forzada a ir a trabajar. Es un sistema totalmente diferente y ya yo sé como hacer las cosas y donde encontrar todo lo que necesito. Yo me siento bien, me siento tranquila, me he adaptado a todo."

"La mayor diferencia en la forma de vida entre EE. UU. y aquí es la libertad. Allá hay una libertad incondicional, y facilidades económicas. Tú sabes que tu esposo está cobrando semanal, así que no tienes que esperar a fin de mes. El transporte se facilita; es fácil adquirir un carro a precio moderado en buenas condiciones. A la mujer se le hace fácil la vida, puede salir, trabajar, encontrar quien le cuide los niños, etc. Si no tienes carro, existe el tren, el autobús, el taxi, en definitiva una mujer allá no se encierra en la casa como aquí. La mujer en R. D. tiene muchas limitaciones."

"En mi caso la diferencia en la participación mía y de mi marido en el hogar es muy notoria, ya que él está fuera de la casa todo el tiempo, y cuando está en la casa, por sus problemas de salud debe descansar sus piernas. Aún así, él hace si puede pequeños trabajos en la casa. En EE. UU. él no tenía tiempo de trabajar en la casa. A él siempre le ha gustado la comodidad, hasta donde se pueda."

"Adaptarme a EE. UU. fue más fácil que mi readaptación cuando regresamos al país. En mi caso allá estaba mi familia. Lo que yo extrañé fue mi campo, porque llegué a una gran ciudad."

"Aunque nunca trabajé fuera de la casa después que me casé, he estado pensado en poner algun negocio, como una tienda que tuviera que ver con el arte y la decoración, un *delicatessen* o una repostería, algo en que uno pueda recrearse."

"Después de nueve años de haber regresado a R. D. me gusta la idea de que viví en EE. UU., pues eso amplió mis horizontes."

Lucrecia, en comparación con las otras cuatro mujeres de este estudio, tuvo una vida muy activa e independiente como adolescente en EE. UU. (incluía viajar, actividades de recreación). Todo eso cambió cuando se casó, como es generalmente el caso con las mujeres dominicanas.

Tan pronto como Lucrecia salió embarazada, su esposo le pidió que dejara de trabajar fuera de la casa. Ella aceptó, aunque luego la enfermedad de su esposo le imposibilitó para trabajar. A pesar de sentirse genuinamente mal de aceptar la asistencia pública, ellos mantuvieron la decisión de que ella no trabajaría fuera de la casa.

Como fue el caso con todas las mujeres entrevistadas, Lucrecia no quería retornar a R. D. Sin embargo, debido a la condición de salud de su esposo, no había otra decisión razonable que tomar. Como ella dijo, le tomó dos años antes de que comenzara a sentirse cómoda de vuelta en R. D.

Conclusiones

Hay temas que son comunes en las narraciones de estas mujeres. En todos los casos, las familias regresaron a R. D. entre 1980 y 1986, período en que las condiciones económicas del país facilitaron su retorno. Haber elegido un buen momento para volver, además de mantener una fuente de ingreso en EE. UU. explica en parte el éxito de su retorno.

Ninguno de los/as niños/as de estas familias asistieron a la escuela en EE. UU.; por tanto, no aprendieron inglés, como es

el caso de algunas de sus madres. La renuencia a enviar a sus hijos/as a la escuela en EE. UU. fue, en varios casos, un factor decisivo para regresar a R. D. aun cuando significó sacrificar el deseo de algunas mujeres de permanecer en EE. UU. De vuelta en R. D. una de las familias cambió a sus hijas de escuela para evitar que aprendieran inglés y costumbres norteamericanas de la amplia población de "dominican yorks" que asisten a esa escuela.

En general, el proceso de retorno de estas familias ha sido exitoso en la medida en que han mantenido sus vínculos con EE. UU. Como parte de esa estrategia, todos/a los/as miembros/as de la familia han conservado su residencia o se han hecho ciudadanos/as norteamericanos/as mientras mantienen sus actividades económicas ligadas directa o indirectamente a EE. UU. Por ejemplo, dos de las familias en este estudio ganan su sustento de negocios de remesas y cambio de dólares. Una de las familias depende por completo de recursos generados en EE. UU. (de la posesión de una bodega). Aunque están satisfechos de haber regresado a R. D., estas familias entienden que irse a EE. UU. es la solución más viable en caso de dificultad económica.

Como regla general, los/as emigrantes dominicanos/as dejan su país con el plan de regresar —probablemente esto explique porqué la mayor parte de sus vidas en EE. UU. es dedicada a alcanzar esta meta. Para estas mujeres y sus esposos, la vida en EE. UU. estaba limitada a largas horas de trabajo con muy poca recreación, para poder alcanzar su meta de seguridad económica y movilidad social al regreso a R. D. Ellos/as limitaron sus gastos a las necesidades básicas para ahorrar y poder financiar su retorno. Las diversiones y actividades que no fueran trabajar estaban limitadas a visitas familiares los fines de semana y a ir a la iglesia. Como parte de su estrategia de retorno los/as migrantes dominicanos/as ahorran para construir una casa en

R. D. y así lo hacen. Además limitan o anulan los viajes a su país. De regreso en R. D., estas familias disfrutaban una gama mucho más amplia de actividades sociales que la que tenían en EE. UU. —ahora salen de la ciudad los fines de semana y participan de eventos sociales. Han ascendido en la escala social —hecho que se refleja en sus estándares de vida.

Más allá de estas generalidades comunes a las distintas familias están aquellas asociadas al género. Las historias de estas mujeres revelan que la decisión de emigrar a EE. UU. y la de retornar a R. D. es un privilegio masculino. Las mujeres, como hijas o esposas, emigraron porque sus padres o esposos decidieron emigrar. Asimismo, con respecto a la decisión de retornar, el deseo de los esposos y lo que se percibe como el bienestar de los/as niños/as, prevalece sobre el deseo de las mujeres de permanecer en EE. UU.¹⁵ Todas las familias retornaron cuando los/as niños/as alcanzaron edad escolar o cuando los esposos lo consideraron oportuno. Las mujeres comparten con sus esposos la creencia de que por el bienestar de los/as niños/as debían regresar a R. D. a tiempo para mantener a un nivel mínimo la exposición de los/as niños/as a la "mala influencia" de la sociedad norteamericana.

La distinción entre la vida "pública" y la vida doméstica es un tema común a los relatos de todas las mujeres. La mayoría se casó muy joven, dos de ellas en lo que se podría llamar "matrimonios arreglados". En algunos casos, perdieron el acceso a la educación después del matrimonio, a pesar de su deseo y determinación de seguir estudiando. Los esposos percibían los estudios de sus esposas como una amenaza a su control sobre ellas; de manera que en algunos casos, las mujeres lograron seguir estudiando a través de programas de extensión o por

¹⁵Esto ha sido documentado por Pessar, 1986, y Grasmuck y Pessar, 1991.

correspondencia. Ambas alternativas las confinaban más a la casa que si hubieran ingresado a un programa regular. De igual forma, después del nacimiento del primer hijo/a y por solicitud del esposo, las mujeres dejaron sus trabajos y se dedicaron exclusivamente a atender a sus hijos/as, esposos y casas. Este confinamiento a la esfera "privada" es una característica impresionante en las vidas de estas mujeres al regresar a R. D.

Es una práctica común para mujeres dominicanas residiendo en EE. UU. dejar de trabajar por solicitud de sus esposos poco después de salir embarazadas, y mantenerse desempleadas hasta que sus hijos/as inician la escuela.

Conseguir un empleo usualmente conlleva una lucha con sus esposos en la cual las mujeres tienen que demostrar su habilidad de asumir más responsabilidad sin interferir con sus roles asignados como madres, esposas y amas de casa, porque de lo contrario sus esposos podrían ser percibidos como proveedores ineficaces. Bastante a menudo el conflicto se resuelve trayendo a la casa el trabajo y las herramientas para realizarlo —como fue el caso cuando María trajo a la casa la máquina de coser de la factoría.

La distribución del trabajo doméstico es también en gran medida un asunto de diferencia genérica. Las tareas domésticas tienden a ser de la responsabilidad exclusiva o primaria de la mujer dominicana (adultas o niñas) y estas experiencias de mujeres no fueron excepción, no obstante haber emigrado y retornado. A los hombres dominicanos se les enseña a considerar femenino cualquier tipo de trabajo doméstico, de manera que cualquier cosa que ellos hagan en la casa no es y no debe considerarse más que una ayuda. En R. D. las mujeres de clases media y alta que pueden hacerlo, contratan a una trabajadora doméstica para alivianar su carga. Parece ser, por las descripciones presentadas aquí, que sólo en caso de extrema necesidad

los hombres dominicanos realizan trabajo doméstico cuando emigran a EE. UU. Son aún más reticentes en este sentido después de retornar a R. D. Uno de los esposos entrevistados afirmó que el trabajo doméstico es uno de los tipos de trabajo más aburridos y difíciles, y que él admiraba y respetaba a su esposa por realizarlo. Sin embargo, aunque él no ha estado empleado en R. D. desde que regresó (recibe ingreso de una "bodega" que conserva en los EE. UU.), no realiza ninguna tarea doméstica (que son realizadas exclusivamente por la esposa). Su explicación es bien simple; dice que a él no le gusta ese tipo de trabajo.

Las familias de todas las mujeres en este estudio llevan una vida de clase media alta; y en R. D. en esta clase, es un símbolo de *status* el que las mujeres no trabajen fuera del hogar pues esto subraya el rol de los hombres como proveedores. Las vidas de las mujeres en este estudio, después de retornar a R. D., ilustran esta realidad. Después de años de no trabajar fuera de la casa Juana Collado comenzó un negocio junto a su casa (la cabina de teléfono); Altigracia Pérez comenzó a tener un trabajo a tiempo completo sólo cuando enfrentó la amenaza de divorcio de su esposo; María Ferreiras trabaja en el negocio de su marido sin salario, lo cual hace su empleo una cierta extensión de su trabajo doméstico; Carmen Peña también estaba trabajando en condiciones similares cuando su esposo fue asesinado y ella se hizo cargo del negocio con la ayuda de un pariente; Lucrecia García no ha trabajado fuera de la casa desde que regresó a R. D., aunque sueña con tener una tienda de arte.

Otro patrón genérico se revela en el tratamiento de estas mujeres de su obediencia hacia sus padres y/o maridos como algo natural. Las reacciones de estas mujeres no son aisladas; más bien, ilustran un patrón muy generalizado en la sociedad dominicana en la cual los hombres son las figuras familiares de autoridad y quienes toman las decisiones (sobre la esposa,

hijas, hermanas, madre, y otras parientas de la familia extendida). En este patrón, las mujeres en todos los roles familiares carecen de la autonomía, tanto en la esfera "pública" como en la "privada", que los hombres disfrutaban y son vistas por la mayoría, tanto de hombres como de mujeres, como responsables de satisfacer las responsabilidades esenciales de sustento.

Los valores y estructuras de la familia extendida aún prevalecientes en la cultura dominicana han jugado un rol importante en la dinámica genérica caracterizando el proceso de migración. Son siempre las mujeres de la familia quienes asumen la responsabilidad de cuidar tanto a los/as niños/as como a los hombres adultos de la familia, así como de realizar el trabajo doméstico. Al llevar a cabo estas responsabilidades las mujeres han desarrollado un tipo de red que les permite acomodarse al rol femenino extremadamente constreñido. Durante el proceso migratorio, las mujeres en familias extendidas asumen roles de apoyo que son esenciales para viabilizar la migración de algunos/as miembros/as de sus familias mientras mantienen a la vez un nicho en la sociedad dominicana. Ellas realizan también múltiples sacrificios para hacer posible el retorno de la familia a R. D., como trabajar largas horas, priorizar las preferencias de sus esposos y el bienestar de sus hijos/as sobre sus propias aspiraciones y el dejar EE. UU. cuando ellas preferirían quedarse.

Estas mujeres entienden que, en general, retornar a R. D. ha significado la pérdida de algunos derechos y libertades previamente desconocidos y que habían obtenido con la migración. Ejemplos de estos derechos y libertades incluyen trabajar fuera de la casa por un salario e independencia para manejar el ingreso y para realizar actividades diarias.

Otra pérdida importante que estas mujeres han experimentado al retornar a vivir a R. D. es en cuanto a las condiciones ma-

teriales que habían reducido su carga de trabajo doméstico. Esto incluye la facilidad para comprar los productos esenciales, particularmente comida, la disponibilidad de comida lista para cocinar o comida rápida, enseres domésticos y facilidades de transporte.

Al regresar a R. D., las mujeres en este estudio se hicieron de nuevo completamente dependientes de sus esposos, al punto, en algunos casos, de raras veces salir de la casa. Al comentar sobre estas pérdidas y dependencia, muchas de ellas argumentaron justificaciones de base genérica, a la vez que expresaron pesar por estos cambios.

Las reducidas alternativas de recreación disponibles para las mujeres son también significativas, especialmente ahora que disponen de más tiempo libre. En R. D. no hay tal cosa como clubes o bares de mujeres, etc. aunque hay algunas actividades consideradas "propias para", y a las que asisten en particular mujeres (por ej., *baby showers*, salones de belleza, actividades religiosas, despedidas de solteras). En cambio, la práctica general es que las mujeres y los hombres tienden a segregarse por sexo en cualquier reunión social, incluyendo aquellas que se realizan en las casas. Es también costumbre que las mujeres lleven sus niños/as a fiestas y se reúnan como grupo con otras madres. Las mujeres pasan la mayor parte de su tiempo recreativo con sus familias. Los hombres, por otra parte, disfrutan del privilegio de salir con amigos casi diariamente.

Otra base importante para justificar sus pérdidas personales al retornar es su creencia compartida de que retornar beneficia la escolaridad de sus hijos/as. Las cinco mujeres están de acuerdo en que la educación dominicana es superior a aquella a la cual sus hijos/as hubiesen tenido acceso en EE. UU. Por encima de todo, el control y la participación de los/as padres/as sobre las escuelas dominicanas se considera como el elemento

primordial de esta superioridad. Este es uno de los primeros agentes motivadores que catalizaron el proceso de migración de retorno que estas mujeres describieron.

Un aspecto que debe ser explorado y desarrollado más allá es el nivel de racismo expresado por algunas de estas mujeres. Ellas parecen tener una tendencia a evitar y a estereotipar a algunos grupos étnicos en EE. UU. (por ej., negros y chinos), a pesar de los efectos negativos que el racismo puede haber tenido en sus propias vidas. En el caso de Lucrecia, el deseo de asistir a la escuela frustrado porque "estaba llena de gente de color, y como uno sabe que los negros no son muy amables no quise ir a la escuela". De igual forma, Altagracia clasificó a los estudiantes de su escuela como chinos, americanos y negros, como si en EE. UU. todos fueran blancos, y los negros norteamericanos fueran algo distinto a norteamericanos. Lo irónico de esta noción es que en EE. UU., Lucrecia misma, podría fácilmente haber sido objeto de actitudes prejuiciadas similares, como lo han sido muchos otros/as inmigrantes/as.

Existe también la necesidad de desarrollar futuros estudios para comprender los mecanismos que contribuyen a la preservación de la mayoría de las normas tradicionales para roles genéricos de la cultura dominicana en el contexto de una sociedad donde prevalecen otros valores (como en la sociedad norteamericana). Podría ser que, mientras están en EE. UU., los/as inmigrantes/as refuerzan, reproducen y preservan algunos valores que están siendo transformados en esa sociedad para proteger sus vínculos con su sociedad de origen. Al mismo tiempo, pueden rechazar algunos valores de la sociedad a la que han llegado que están en contradicción con los de su sociedad de origen. Al hacer esto, podrían quedar rezagados con relación al resto de las personas en su sociedad de origen, así como permanecer como marginales a los valores predominantes de la sociedad a donde emigraron —generando de esta forma una

tensión interna irreconciliable con la que deben lidiar permanentemente.

Resultados de otros estudios de migraciones de retorno de mujeres que incorporan diferentes variables —como los antecedentes geográficos, legales y económicos de las mujeres, el momento de su emigración y de su retorno, edad de los/as hijos/as mayores al momento de migrar— podrían ampliar el espectro de este estudio y permitirnos comprender mejor cómo las mujeres experimentan el proceso migratorio.

Bibliografía citada

- Báez Evertsz, Franc y Frank D'Oleo Ramírez. 1985. *La migración de dominicanos a Estados Unidos: Determinantes socio-económicos y consecuencias*. Fundación Friedrich Ebert. Santo Domingo.
- Grasmuck, Sherri y Patricia R. Pessar. 1991. *Between Two Islands. Dominican International Migration*. University of California Press, Berkeley.
- Guarnizo, Luis. 1993 (enero). *Going Home: Class, Gender and Household Transformation Among Dominican Returned Migrants*. Reporte elaborado para la Comisión para Políticas de Migración Hemisférica y de Refugiados, Universidad de Georgetown. (Informe no publicado).
- Pessar, Patricia. 1986. "The Role of Gender in Dominican Settlement in the United States", *Women and Change in Latin America*, June Nash y Helen Safa, eds. Bergin and Garvey, South Hadley, Massachusetts.
- Smith, Carol. 1990 (junio). *Strategies for Survival: Dominican Women Living in New York's Garment District*. Ponencia presentada en el 4^{to} Congreso Internacional Interdisciplinario sobre Mujeres, New York, NY.